

DC203

N67

v.2

f.2



FONDO HISTORICO
RICARDO COVARRUBIAS

156547

LIBRO SEPTIMO.

TERCERA COALICION.

CAPITULO PRIMERO.

ROMPIMIENTO CON LA INGLATERRA.—INVASION DEL HANOVER.

(1802)

Poco despues de las fiestas de la paz y del entusiasmo de paz y de felicidad que se prometian la Francia y la Inglaterra, se notó en ambos paises una actitud de observacion inquieta, que pronto modificó el júbilo general. Las muchas adquisiciones de la Francia, precedentes, sea de la incorporacion del Piamonte y de la reunion de la república italiana bajo el mismo poder, sea de la mediacion helvética y de las mudanzas efectuadas en Holanda y en las repúblicas de Italia, ó sea tambien de las obras inmensas que abrian á nuestros ejér-

bitos los caminos del Simplon, del Monte Ginebro y del Moncenis; sea en fin el concordato que completaba la independencia de la Italia, y daba al primer cónsul el ascendiente de un nuevo poder moral sobre el continente; todas estas prosperidades inesperadas, originadas del tratado de Luneville, parecieron al gobierno inglés verdaderas usurpaciones contrarias al tratado de Amiens. El gabinete de Londres, siempre dirigido por Pitt, bajo el sucesor que él mismo había elegido, no podía ignorar que el primer cónsul, empeñado en satisfacer para sí y para sus aliados á todas las cláusulas del tratado, estaba alarmado de la lentitud, mas que equívoca, del gobierno inglés en devolver la isla de Gorea á la Francia, el cabo de Buena-Esperanza á la Holanda, y en fin la isla de Malta á la orden de San Juan. La república francesa había cogido con la paz de Amiens los frutos preparados por una política cuyos resultados no habían entrado en la discusión del tratado; pero la Inglaterra no estaba fundada á quejarse de su violación, y mucho menos de apelar al tratado de Luneville al cual se había negado obstinadamente á participar. El punto de salida para la Gran Bre-

taña y la Francia era la completa y fiel ejecución de las estipulaciones acordadas entrambas y el objeto mas importante, de cuya ejecución dependía que la Francia depusiese las armas, la restitución del Cabo y de la isla de Malta, parecía al primer cónsul emplazada sin término. Su interés y su derecho le incitaban pues á valerse de los medios mas pronto para aumentar su influjo continental, con el fin de hallar un equivalente de las dos posesiones marítimas que la Inglaterra guardaba á pesar de la fé jurada. El campo de la dificultad presentaba un círculo vicioso que no podía contener por mucho tiempo á dos contrarios tan poderosos. La Inglaterra decía: « Desde nuestro » tratado la Francia se ha engrandecido. » La Francia contestaba: « La Inglaterra no ejecuta » nuestro tratado. » Semejante pleito en que las partes eran los únicos árbitros, no podía sentenciarse sino por las armas. Ya desde la firma definitiva, M. Moore, uno de los secretarios de la embajada inglesa en Amiens, había sido enviado á Suiza para asegurar á la dieta de Schwitz la protección positiva de la Inglaterra; hubo mas, lord Hawkesbury pasó al embajador Otto en Londres una nota

en que el gabinete ingles se quejaba de que la Francia hubiese intervenido en los asuntos de Helvecia. Pero como las demas potencias, á quienes la dieta de Schwitz habia igualmente enviado diputados, habian guardado un silencio casi absoluto sobre sus reclamaciones, la oposicion de la Inglaterra no pudo impedir el acta de mediacion, dada por el primer cónsul á la Suiza el 19 de febrero de 1803.

Entretanto, los gabinetes de Paris y de Londres habian vuelto á sus hostilidades periódicas en los diarios, y á pesar de la acrimonia de estos debates públicos, entablaron negociaciones respectivas para la ejecucion de su tratado, no olvidándose de otro medio de entenderse que era armar á toda fuerza. Las dos naciones iban tan de acuerdo con sus gobiernos, que el entusiasmo de la guerra, pocos meses despues de la firma del tratado de Amiens, habia exasperado los ánimos tanto como antes de la paz. El primer cónsul tuvo la debilidad de mezclarse á la discusion de los diarios, que llegaron al extremo de personalidades tan odiosas, por parte de los escritores ingleses, que el embajador Otto presentó una nota de oficio en la que pedia que la Ingla-

terra prohibiese todo cuanto se prohibiria en Francia con relacion á los intereses reciprocos de las dos naciones. Esta nota pedia tambien que se echase á los emigrados de la isla de Jersey; que se desterrase de Inglaterra á los obispos de Metz y de San Pablo, la deportacion al Canadá de Jorge y de sus secuaces y que se mandase salir de Inglaterra á todos los Franceses que llevaban decoraciones de la antigua monarquía. En fin por otra pretension, que es muy notable en una época semejante, atendida sobre todo la catástrofe que hirió al duque de Enghien el año siguiente, el primer cónsul exigia ademas, que á todos los príncipes de la casa de Borbon se les intimase la orden de ir á Varsovia á reunirse al gefe de su familia. Todo esto era con corta diferencia pedir á la Gran Bretaña el sacrificio de su constitucion, pidiéndola que quebrantase las dos garantias fundamentales las mas preciosas de toda nacion libre, la libertad de la imprenta y el *habeas corpus*. Era muy impolítico, por parte del primer cónsul, exigir cosas que le hicieron odiar del pueblo ingles. Podia hablar con este tono á las repúblicas que acababa de organizar; pero con la

Inglaterra era preciso usar otro language, y, aunque se pudiese considerar solamente como la expresion de la mala inteligencia que ya existia entre los dos gobiernos, la prudencia mandaba ocultarla á la Francia y á la Europa. El gabinete de Londres anunció que contestaria á esta nota por su embajador. Lor Withworth salió para Paris y el general Andreossy fue á Londres en lugar de M. Otto que pasó en calidad de ministro á los Estados Unidos.

El tratado de Amiens decia, art. 6: «El
» puerto del cabo de Buena-Esperanza queda
» á la república batava en toda soberania. —
» Art. 8. Los territorios, posesiones y dere-
» chos de la sublime Puerta serán mantenidos
» en su integridad, tales que se hallaban an-
» tes de la guerra.—Art. 10. Las islas de Malta,
» de Gozo y de Comino serán devueltas á la
» órden de San Juan de Jerusalem. Las fuerzas
» de S. M. B. evacuarán la isla y sus depen-
» dencias en los tres meses que seguirán el
» cange de las ratificaciones..... S. M. Si-
» ciliana será convidada á suministrar dos mil
» hombres, naturales de sus Estados, para ser-
» vir de guarnicion en las diferentes plazas de

» dichas islas. — Art. 12. Las evacuaciones,
» cesiones y restituciones estipuladas se eje-
» cutarán..... para el continente y los
» mares de Africa, y de América en los tres
» meses..... etc.»

Las ratificaciones habian sido cangeadas en Paris el 18 de abril, y seis meses despues, el 16 de octubre, el general ingles Stuart, á quien el coronel Sebastiani intimó la evacuacion de la ciudad de Alejandria de Egipto, le declaraba *que no tenia órden ninguna de evacuar aquella plaza en donde pensaba pasar el invierno*. Lo mismo pasó en Malta, cuyo gobernador, J. Ball, contestó el 2 de marzo de 1803, al comendador de Bussy, encargado de los poderes del gran maestre, *que luego que se hallase autorizado á entregar el gobierno se lo haria saber*. En cuanto á la entrega del Cabo de Buena-Esperanza á las tropas batavas, debia efectuarse el 1º de enero de 1803; pero el 31 de diciembre, mientras los Ingleses estaban disponiendo su embarco, la llegada de una fragata mudó de repente las disposiciones; volvieron á meterse en los fuertes á la vista de la guarnicion y de la escuadra holandesa, cuyos gefes se vieron precisados á firmar una capitulacion.

Una capitulacion en tiempo de paz, decian los diarios franceses, quejándose de una mala fé tan manifiesta de parte de la Inglaterra.

Lo mismo habia sucedido en la costa del Senegal para la restitucion á la Francia de isla de Gorea. Desde el 3o de octubre, el general Blanchet no pudo lograr el que el coronel ingles Fraser consintiese en evacuar aquel punto importante. Este es el modo con que la Inglaterra ejecutaba el tratado de Amiens. No se necesitaban, sin duda, mayores motivos para declarar el tratado roto en el hecho. Entonces los diarios de las dos naciones prorumpieron en hostilidades las mas violentas. En los de la Gran Bretaña, las pasiones ministeriales se manifestaron sin ninguna consideracion. Se formó un pleito público contra la ambicion del primer cónsul. No se dejó en olvido á ningun agravio antiguo ó reciente y se apeló al tratado de Luneville en vituperio de las invasiones políticas y territoriales de la Francia. El *Monitor* contestó que la Inglaterra, habiéndose negado á reconocer las repúblicas helvética, italiana, liguriana y al rey de Etruria, no tenia derecho para invocar este tratado. *Las relaciones de la Fran-*

cia con la Inglaterra, decia el Monitor, *son el tratado de Amiens, todo el tratado de Amiens, y nada mas que el tratado de Amiens.... Por lo demas el pueblo frances... se mantendrá constantemente en la actitud que los Atenieses daban á Minerva el morrion en la cabeza y la lanza en la mano.....* Los debates del parlamento pronto descubrieron esta gran cuestion que el diario de oficio de Francia acababa de simplificar con un desafio.

La sesion del 9 de noviembre de 1802 presentó un interes enteramente nuevo en los fastos de la legislatura británica. El célebre Fox, que acababa de llegar de Paris, en donde habia sido acogido por el primer cónsul del modo mas brillante, así como por los individuos del gobierno y por las personas las mas distinguidas de la capital, tomó altamente, en la cámara, la defensa de la Francia. No se podia dar mayor prueba de la libertad política de la que la Inglaterra hacia alarde con justicia. La franqueza de Fox tenia ademas un carácter de valor que provenia de la irritacion que la mayoria de la asamblea manifestaba contra el primer cónsul. Se disimuló tan

poco el encono , que el ilustre orador tuvo en cierto modo que dar cuenta de los motivos de su viage á Francia. Su discurso sirvió para acreditar su talento en la tribuna; pero el partido Grenville dominaba y la guerra era casi proclamada en el parlamento.

Por otra parte, el *Monitor* acriminaba á los ministros diplomáticos, Drake y Wickam, agentes del último ministerio de Pitt y de Grenville, que sembraban *la discordia entre todos los individuos de la familia continental*. Esta expresion, del todo paternal, anunciaba bastante que esta familia deberia muy pronto obedecer á un solo gefe. Entonces ya habia tenido lugar la mision patente del coronel Sebastiani á Egypto y á Siria. Este oficial fue mas feliz acerca de los bajaes, para hacerles reconocer la poderosa benevolencia del primer cónsul, que no con el general Stuart para lograr la ejecucion del tratado de Amiens. Halló el Oriente lleno todavía de la gloria del conquistador del Egypto.

Bonaparte ponía en obra todos los resortes de su política, para quitar la máscara á la Inglaterra y amedrantarla. Procuró volver á formar la liga del Norte, deshecha por la muerte

de Pablo I°. Envió á Berlin el general Duroc, y el coronel Augusto Colbert á San Petersburgo. Pero el emperador Alejandro y el rey de Prusia se habian visto en Memel el año anterior y habian contratado empeños que se opusieron á las miras del primer cónsul. Entretanto un senado-consulta mandaba alistar ciento y veinte mil cónscriptos. Las tropas se apresuraron á dirigirse hacia los dos mares. Nuevos batallones marcharon á Italia y á Holanda. Se dió mucho fomento á las construcciones marítimas, y las obras mas fuertes hacian de Flesinga un astillero inexpugnable para el grande armamento que se premeditaba. En Francia y en Inglaterra todo respiraba la guerra. Nada habia pacífico sino la diplomacia de las dos naciones. Las conferencias eran frecuentes entre el ministro Talleyrand y lord Withworth; con mucha serenidad de parte de entrambos, pero sin resultado. Desgraciadamente el primer cónsul no tuvo paciencia para aguantar las dilaciones británicas y discurrió que podria darlas término llamando al embajador ingles á una entrevista particular. He aquí los rasgos principales de esta audiencia particular que duró dos horas. « La paz, dijo Bo-